

las arrancadas en velocidad del Thomson-Houston; pero se leía, a pesar de todo...

Al volver las páginas, los viajeros se veían obligados a ejecutar una gimnasia rara; brazos levantados, codazos en plena cara del vecino... pero nadie quería esperar un minuto para saber lo que decía el periódico.

¿La Prensa?... ¡Eso no es nada!...

Entré en un despacho de correos...

El público no era todavía numeroso, y a través del ventanillo vi a un empleado dejar su bastón y su sombrero, sentarse, abrir su periódico y decir a su compañero: ¡Has leído el admirable artículo de Fulano?... ¡Es magnífico!... Toma... lee pronto... ya verás...

El otro se fué a un rincón para ocultarse a la clientela que espera, y allí saboreó el artículo, volviendo al poco rato con la cara entusiasmada...

¡Es soberbio!...

Y parte de la mañana, y a veces toda la mañana, se hablaba de lo que se había leído, se comentaba, se le volvía y revolvía por todos lados...

¿La Prensa?... ¡Eso no es nada!...

A mediodía volví a casa...

Pasando por las calles del centro vi los restaurantes llenos de muchachas... Era la hora de la salida de las modistas y costureras de los grandes almacenes...

Observé que muchas de ellas, delante del cubierto, contra la copa de vino, habían colocado su periódico... ¡Y qué periódico!...

Comiendo distraidamente el menú del día, devoraban con los ojos la novela apasionada o el suceso malsano; se comprendía por la intensidad de su atención que se asimilaban las ideas, y el alimento moral estaba más adulterado que el otro...

¿La Prensa?... ¡Eso no es nada!...

Volví a salir a las tres... Por la tarde pedaleaban desgraciados ciclistas con las espaldas oprimidas por el peso de enormes paquetes de periódicos de la tarde.

Por las aceras corrían seres extraños, con la mirada vaga, la respiración fatigosa... corrían queriendo adelantarse los unos a los otros.

Cuando uno los paraba... cuando desde las terrazas de los cafés se los llamaba, sacaban con ansiedad un periódico, y sin doblarlo arrancaban la moneda y se arrojaban a la bulla, lanzando a todos los vientos con una voz destemplada el nombre truncado de un periódico de la tarde.

¿La Prensa?... ¡Eso no es nada!...

Quise saber si esa fiebre del periódico era especial de París. Pero apenas llegué al tren vi a las ven-

dedoras de periódicos instaladas como las diosas de la estación, rodeadas, festejadas, señalando con un gesto desdenoso el periódico que se les pedía...

Los furgones de equipajes cargados hasta arriba de paquetes amarrados y con los nombres de todas las estaciones de la línea...; en esos paquetes había periódicos... más periódicos... ¡siempre periódicos!...

Cuando subí a un compartimiento, aquello era lo mismo que el tranvía de la mañana...; casi todos los viajeros tenían el periódico de las cuatro... y al bajar lo dejaban sobre el asiento.

Entonces observé varios obreros y empleados de la estación registrando los vagones, tratando de encontrar un periódico... ¡varios periódicos!... y se marchaban guardándolos en sus blusas azules, alegrándose ante la idea de leerlos tranquilamente en sus casas alrededor de la sopa humeante y de comentarlos ante la mujer y los hijos...

¿La Prensa?... ¡Eso no es nada!...

Y en la provincia la ansiedad era la misma... entre los malos...

Senadores, diputados, concejeros, masones, se preocupaban primero y ante todo de su periódico, como un jinete de su caballo, como un chauffeur de su máquina.

Porque ellos saben muy bien que sin el periódico no serían nada.

Y entonces, con anticipación para la próxima campaña, se acumulaban fondos... se arreglaban máquinas antiguas... se inyectaba suero intensivo las viejas mentiras, ya enfermas y destinadas a morir después de la lucha, pero no sin haber hecho un daño terrible...

Se alquilaban redactores que destilaban picrato potásico, que sabrían morder bien y pegarian firme...

Y todo eso ante los ojos tranquilos de innumerables católicos indiferentes.

¿Por qué inquietarse?... ¡Si la cosa no tiene importancia!

¿La Prensa?... ¡Eso no es nada!...

¡Ciegos! abrid los ojos y mirad como hoy la Prensa es el pedagogo del hombre, cual el director de escuela lo es del niño.

Uno se asimila las ideas de su periódico, hasta pensar, decir, querer y trabajar por conseguir lo que piensa, dice, y exige su periódico...

¿La Prensa?... ¡Eso es todo!

¡Sea buena, todo se mejorará!

(La República).

Viajeros

Llegaron, de San Martín: los señores Quintín Chaquea, Plácido Castro, Marco Antonio Chaquea, Pedro Acosta, Leonardo Hernández, Carlos Prieto, Arturo Castro, y la familia

del Sr. Posidio Castro;

de Bogotá, los señores Milciades Martínez, Víctor E. Leal, Luis F. Galindo, José María y Luis Alberto Murcia.

Salieron para San Martín: el Sr. Quintín Chaquea, Eliseo Rojas y familia; para Bogotá, el Sr. Posidio Castro y familia.

Ha muerto: en Bogotá el Sr. Clodoveo Rey. Enviamos a sus deudos, nuestro sincero pésame.

Filial Obsequio

Solamente a María ha dado Dios las llaves de los tesoros del divino amor, y el poder de entrar en los caminos más sublimes y más secretos de la perfección, y de hacer entrar a otros en ellos. Sólo María proporciona la entrada en el paraíso terrestre a los desgraciados hijos de la infiel Eva, para pasearse en ese paraíso agradablemente con Dios, abrigarse seguramente en él contra toda clase de enemigos, para alimentarse deliciosamente, sin temer más a la muerte, del fruto de los árboles de la vida y de la ciencia, y para beber a torrentes las aguas celestiales de la hermosa fuente que allí abundantemente rebosa.

DEUDA SAGRADA

Entre todos los problemas que terminada la guerra habrán de surgir y cuya solución preocupa ya a los espíritus, ninguno tan patético ni tan doloroso. ¿Qué hará Francia para honrar a sus hijos caídos frente al enemigo? ¿Cómo reconocerá ella la belleza, la utilidad, la sublimidad de su sacrificio? ¿Cómo pagará su deuda de reconocimiento, de admiración y piedad?

Uno de los numerosos periódicos del frente ha propuesto recientemente el asunto a sus lectores. Abrióse una encuesta cuyas respuestas expresan en su totalidad el mismo sentimiento. Hojeándola encuentro la respuesta que envié a la minúscula y valiente hoja.

Proponía yo que instituyera - aparte de los demás honores o ceremonial por el bronce o el mármol, por el monumento o la palabra - que se instituyera, digo, una especie de fiesta nacional de los muertos de la gran guerra, fiesta silenciosa y grave, taciturna y fúnebre sin señales exteriores, sin demostraciones, pero que se celebrase en un día por entero consagrado al recuerdo de los que ofrecieron su vida a Francia.

Y este día de los muertos, este « día de los muertos por la Patria », quisiera yo que se escogiese, no en otoño o en invierno sino en la primavera; quisiera que fuese uno de esos días en que la luz es transparente y en que el cielo se halla rejuvenecido con claridad y pureza nuevas, uno de esos días en que el porvenir se presenta con los atavíos de la esperanza, porque lección eterna de esperanza y de inmortal vitalidad fué la que ellos nos dieron, ellos, los muertos heroicos de la gran guerra, cuya sangre